

5ª semana de Pascua. Jueves: Jn 15, 9-11

Jesús está hablando a los apóstoles de unión en su despedida. Aunque va a morir, la unión por el amor es tan fuerte que le hará estar permanentemente con nosotros. Les había puesto el ejemplo de la vid y los sarmientos para expresarles la unión íntima que quiere tener con nosotros. Ahora les dice en qué consiste esa unión: en el amor.

Es maravilloso saber que el amor con que Jesús nos ama es el mismo con que Él es amado por el Padre. Estamos destinados, aunque sea un ideal, a tener en nosotros, hacia Dios y hacia los demás, el mismo amor y la misma unión que hay en la Santísima Trinidad. Es un ideal, que queda truncado, ya que la realidad nos dice que nos dejamos llevar de los instintos materiales, como el egoísmo y la vanidad. Entonces ¿Cómo podemos permanecer unidos en el amor? Jesús hoy nos dice que, si queremos estar y permanecer unidos en el amor, debemos cumplir los mandamientos.

Cumplir los mandamientos del Señor debe ser nuestro ideal y el esfuerzo de todas nuestras energías. Sabemos que el principal mandamiento es el amor. Así que se da como un círculo: amamos si cumplimos los mandamientos y estamos cumpliendo los mandamientos cuando amamos de verdad. Es lo mismo que hacer la voluntad de Dios. Varias veces dice Jesús que Él había venido para cumplir la voluntad del Padre. Es nuestro ejemplo. No todo le era fácil. Su instinto humano también le hacía rechazar las amarguras de la Pasión hasta sentir agonía; pero el deseo de hacer la voluntad de su Padre, que era para nuestro bien, le hacía aceptar esas amarguras y dificultades.

A veces nosotros ponemos demasiado acento en las dificultades de la vida y, pensando de forma materialista, nos parece que la religión y lo que Dios nos manda, el hacer su voluntad, es algo triste y pesado. Y a veces hasta damos esa impresión los cristianos a otros que no tienen fe. Pero hoy nos dice Jesús que el cumplir la voluntad de Dios, que es sobre todo amor y unión, debe darnos mucha **alegría**. Es el gran mensaje que hoy nos da Jesús. El cristiano, por el amor, se une más a Jesús y por lo tanto se une en la alegría que Él experimenta al estar unido con su Padre.

Claro que en este mundo la alegría nunca será plena, porque nunca será total la unión con Jesucristo; pero vamos caminando hacia ello, y cuanto más empeño pongamos en conseguirlo, más alegría tendremos. Consiguiendo cosas y éxitos materiales podemos tener alegrías, que son pasajeras, y la mayoría de las veces mezcladas con grandes tristezas, sobre todo si se pierden algunos de esos bienes. La alegría de estar unido a Jesucristo persevera y debe ir aumentando. Si viéramos el fondo del alma, veríamos que los santos han sido las personas más alegres. Muchas veces no lo vemos, aunque la mayoría de las veces lo expresan externamente.

La alegría es el signo del verdadero creyente. Si se ama, se puede ser feliz hasta en las circunstancias más difíciles. Claro que tiene que ser verdadero amor. Porque la realidad es que tenemos tan íntimamente metido en nosotros el egoísmo que es difícil diferenciarlo del verdadero amor. Este egoísmo es el que nos hace imposible sentir la alegría clara y diáfana del amor. El amor que da alegría es el que sabe ver la vida en sentido positivo, el que va en contra de la desesperanza, del pesimismo, el miedo y el temor. Es el que sabe aceptar las faltas, alabando a Dios, después de que hay un sincero arrepentimiento y acción de gracias a Dios Padre que nos da la vida, soporta nuestras faltas y nos perdona, a Dios hijo que nos ha redimido y sigue unido con todos por la Eucaristía, y a Dios Espíritu Santo, que nos ayuda con sus gracias y dones.

Contemplemos a María, la Madre, que fue la que más unida estuvo con el Señor. En su corazón debía tener una paz y alegría plena por su actitud continua de hacer la voluntad de Dios. También sufrió inmensamente, por estar tan unida a Jesucristo, su Hijo; pero también gozó como nadie sabiendo que había resucitado y gozará como nadie en el cielo. Que nos ayude para tener la alegría plena en el amor.